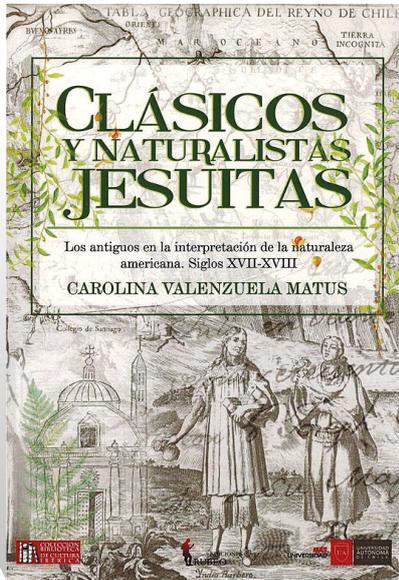


Clásicos y naturalistas jesuitas



FICHA BIBLIOGRÁFICA

CAROLINA VALENZUELA MATUS, *Clásicos y naturalistas jesuitas. Los antiguos en la interpretación de la naturaleza americana (Siglos XVII y XVIII)*. Madrid, Ediciones Rubedo, 2018, 176 págs., ISBN: 9788494953200

Ricardo Del Molino García | **Universidad Externado de Colombia**

LA OBRA *CLÁSICOS Y NATURALISTAS JESUITAS* de Carolina Valenzuela se incorpora al *corpus* de nuevas investigaciones sobre Tradición Clásica que desde hace unos años ha surgido en Hispanoamérica con voz propia. Esta investigación ofrece al lector una mirada particular e interdisciplinar de la recepción y de la apropiación del legado clásico en los siglos XVII y XVIII en América Latina a partir de la presencia de la cultura grecorromana en las *Historias Naturales* de autoría jesuítica referidas a Chile. Sin embargo, el libro no se reduce a la pervivencia de la antigüedad en las descripciones naturales del país andino sino que, al mismo tiempo, nos introduce en la historia de la Ciencia hispanoamericana. Por tanto, la antigüedad, las *Historias Naturales* y la Compañía de Jesús son los ángulos de una obra que muestra y confirma la pervivencia del legado heleno y latino en el Nuevo Mundo, valora su lugar dentro de la ciencia moderna y nos motiva para proseguir enriqueciendo el campo de la Tradición Clásica en América Latina.

En lo que respecta al proceso de investigación y al marco teórico del libro, Carolina Valenzuela se inserta en la corriente iniciada por H. Rowe, continuada por A. Pagden y P. Mason, que pone en valor la presencia de los referentes clásicos grecorromanos en la construcción epistémica, en la comprensión y aprehensión del Nuevo Mundo. El libro mantiene que la Antigüedad grecorromana fue una eficaz herramienta que permitió entender, descifrar, clasificar y aprehender la inmensa y desconocida naturaleza americana gracias a las comparaciones que hicieron los jesuitas naturalistas con el pasado heleno y latino así como por el uso de categorías y conceptos clásicos que facilitaron la inteligibilidad del Nuevo Continente. Cabe destacar que la autora conoce los debates y el estado de la cuestión actuales de la Tradición Clásica en Hispanoamérica y así lo atestigua su cita a la obra de García Jurado, conocida y debatida en América Latina en la actualidad. Asimismo, Valenzuela atestigua su familiaridad con la teoría de recepción en el uso de la categoría de *horizonte de expectativa* en términos claramente diferentes a la acepción homónima relativa a los regímenes de historicidad.

Desde la óptica de la historia de la Ciencia, el trabajo de Valenzuela aporta un novedoso contenido al origen de las Ciencias Naturales latinoamericanas ya que pone de relieve la contribución de los jesuitas a la revolución científica en América Latina. Esta contribución nos permite afirmar que la autora engrosa el cuerpo de investigadores hispanoamericanos que reclaman y valoran una historia de la Ciencia latinoamericana al mismo nivel que la acontecida en el mundo Barroco e Ilustrado occidental.

El libro está vertebrado en tres capítulos que recogen, respectivamente, la contextualización de las *Historias Naturales* elaboradas en el seno de la Compañía de Jesús, el estudio de la obra *Histórica Relación del Reino de Chile* de Alonso de Ovalle en el siglo XVII y el análisis del *Compendio de Historia Natural* de Juan Ignacio Molina en el siglo XVIII. Las dos obras elegidas están escritas por jesuitas naturalistas, describen la naturaleza chilena y alojan importantes referencias a la cultura clásica.

El primer capítulo contiene un adecuado contexto histórico de las *Historias Naturales* en el seno la Compañía de Jesús. La descripción de la naturaleza y su comprensión fue de interés para los jesuitas desde su fundador san Ignacio de Loyola. De hecho, la autora parte del *corpus* epistolar de la orden (los *Monumenta Historica Societatis*, de 125 volúmenes) para mostrar la existencia de una *red globalizadora* jesuita cuya dimensión científica propiciaría el surgimiento de las *Historias Naturales* que se analizan en los capítulos segundo y tercero. Ahora bien, desde la óptica de la Tradición Clásica, lo relevante de esta red o comunidad de intercambio de conocimiento y circulación de objetos es que, además de proporcionar las premisas científicas de las *Historias Naturales*, permitirá la pervivencia de referentes grecorromanos comunes dentro de la Compañía de Jesús. En este sentido, Valenzuela indica que los factores que influyeron en la conexión entre la Orden de Jesús y la cultura grecorromana fueron los diccionarios o gramáticas de lenguas indígenas, cuya base es el latín, y el modelo de escritura de José de Acosta. En lo tocante al primer factor, la autora afirma, a partir de las ideas defendidas por Miguel de Asúa y Fermín del Pino, que las *Historias Naturales* son la prolongación de los diccionarios y gramáticas indígenas, cuyo referente era la lengua romana. Tal vez en este tema la autora hubiera podido adentrarse algo más en la tensión entre el latín y el principio de utilidad de la ciencia ilustrada pero no por ello se invalida los aportes

de la investigación. En lo que respecta a la obra del jesuita español José de Acosta, Valenzuela reconoce que su obra *Historia Natural y Moral de las indias* de 1590 es el modelo epistemológico y de escritura para las siguientes relaciones y descripciones naturales jesuitas. Ante dicha relevancia la extensión de la contextualización y explicación de Acosta es bien merecida. Es más, la autora pone en valor el aporte epistemológico de la obra de Acosta ya que en ella podemos reconocer *nuevas formas de indagación* científica así como una relación particular y moderna con los clásicos (en tanto aceptación crítica y selectiva). Entre los autores grecorromanos que se destacan en la obra de Acosta parecen Plinio el Viejo, Platón y Aristóteles.

Tras la exposición de la figura del jesuita español se nos conduce a una contextualización histórica de las *Historias Naturales* que reivindica la preocupación de los antiguos por la naturaleza, desde Aristóteles, cuyo legado se mantuvo vivo en la Edad Media, pasando por Teofrasto, Dioscórides, Plinio el Viejo, Estrabón, Herodoto y San Isidoro. Este recorrido diacrónico es digno de ser resaltado ya que es aquí donde la autora deja ver su dominio de la recepción clásica y defiende la propia conciencia de los jesuitas naturalistas como continuadores de una tradición fundada por los antiguos. El repaso nos lleva hasta el siglo XVIII donde se nos introduce en el contexto del determinismo geográfico vigente en el seno de la Ilustración que afectó al territorio americano a través de la conocida *calumnia de América*. Valenzuela relaciona correctamente el trabajo de los naturalistas como un *combate intelectual*. De este modo, el lector entiende la importancia del uso de la antigüedad en las *Historias Naturales* de los jesuitas como una herramienta de *combate dialéctico* ante los prejuicios geográficos del determinismo geográfico de los siglos XVII y XVIII. He aquí uno de los grandes valores del texto ya que muestra cómo la transposición a América de categorías y esquemas de pensamiento grecorromanos no debe entenderse como una sola cuestión formal o retórica sino también política y científica.

El segundo capítulo se ocupa de la obra *Histórica Relación del Reino de Chile* de Alonso de Ovalle publicada en Roma en 1646. Valenzuela afirma que en esta obra, emulando el modelo de Acosta, habitaron importantes referencias grecorromanas con las que se dio cuenta de la naturaleza chilena. La influencia de la cultura clásica en la obra de Ovalle es agrupada por la autora en cuatro puntos o temas: a) el uso de la antigüedad en la querrela entre modernos y antiguos acerca de la inhabitabilidad de las zonas tórridas y polares; b) la influencia de Dioscórides en las descripciones de las plantas y sus propiedades curativas; c) el influjo de las *Geórgicas* de Virgilio en la defensa de la fertilidad de la tierra chilena y de la naturaleza no degradada de sus habitantes; y d) la búsqueda de la comprensión de los araucanos a partir de comparaciones con la antigüedad y algunos autores clásicos.

Con esta clasificación la autora pone de relieve algunos aspectos relevantes concernientes tanto al ámbito de la historia de la Ciencia como de la Tradición Clásica. El lector comprueba que la obra de Alonso de Ovalle resalta la experiencia en contra de la teoría del siglo XVII, en oposición a los argumentos de autoridad establecidos en la Antigüedad y en particular con la teoría aristotélica, y rescata a autores clásicos como Dioscórides o Virgilio en el ámbito de los naturalistas hispanoamericanos. En relación con el autor de las *Geórgicas*, Valenzuela afirma que Ovalle construye *una verdadera apología de la fertilidad de la tierra chilena* a partir de la emulación del estilo y la intencionalidad de Virgilio a pesar de que el jesuita no le cite directamente.

El capítulo tercero está dedicado al *Compendio de Historia Natural* de Juan Ignacio Molina, cuya primera edición se publicó en Roma en 1782 con el título *Saggio di storia naturale* y posteriormente fue reeditada y ampliada en 1810. Esta obra, dedicada completamente a la naturaleza de Chile, incluye junto con los últimos avances en botánica de la época, un amplio repertorio de referentes clásicos que vienen a corroborar la importancia de la Antigüedad en la *red globalizadora* jesuita en el siglo XVIII. Cabe objetarle a este tercer capítulo dos aspectos relativos al uso de la antigüedad clásica. Por un lado, la autora podía haber incidido con mayor profundidad en la desprotección científica y educativa acaecida en los territorios hispanoamericanos tras la expulsión de la Orden de Jesús y sus efectos sobre la cultura y las lenguas clásicas, y por otro lado, también habría valido la pena detenerse algo más en la labor de los jesuitas ante el determinismo geográfico, lo que algunos autores han denominado *patriotismo científico*, ya que la antigüedad habitará en sus *Historias Naturales* con una clara intención política y cultural frente al determinismo geográfico dieciochesco. No obstante, ninguna de las dos observaciones desmerita la excelente investigación en torno la presencia de los referentes grecorromanos en los escritos jesuitas sobre la naturaleza chilena.

Del mismo modo que en el capítulo segundo, la autora clasifica la influencia de la cultura clásica en la obra de Molina en varias temáticas: a) la influencia de Plinio el viejo en la descripción de la naturaleza; b) el influjo de Virgilio como fundamento de la prosperidad del territorio chileno; y c) el uso de dioses, mitos e historias clásicas para interpretar la cultura de los araucanos.

Cabe concluir con varias observaciones que ponen en valor la investigación de Carolina Valenzuela, así como la pertinencia del libro que nos ocupa y justifican su recomendación. Primero, la investigación contenida en *Clásicos y naturalistas jesuitas. Los antiguos en la interpretación de la naturaleza americana (Siglos XVII y XVIII)* merece ser destacada por ser un doble aporte a actuales y futuros estudios dentro de la historia de la Ciencia y de la Tradición Clásica. La autora dice que sus resultados proyectan nuevas preguntas al lector en torno al uso de la cultura grecorromana y su papel en la construcción de la *Historia Natural* moderna. Segundo, a pesar de estar dedicada a dos jesuitas naturalistas preocupados por Chile, la obra reseñada debe ser reclamada como una justa reivindicación de la presencia de la cultura clásica en el universo cultural y científico de Hispanoamérica. Tercero, los jesuitas José de Acosta, Alonso de Ovalle y Juan Ignacio Molina deben ser reconocidos como mediadores entre Europa y la interpretación de la naturaleza americana de primer orden ya que sus obras permitieron al Viejo Continente entender y aprehender al Nuevo Mundo.

Finalmente, debemos destacar que el libro de Carolina Valenzuela nos invita a continuar la exploración del horizonte cultural donde confluyen antigüedad, ciencia y territorio americano. Dicha confluencia no debe parecernos propia del pasado sino también es actual. A partir de los tres ángulos propuestos, y del mismo modo que lo hicieron los dos naturalistas jesuitas que se ocuparon de la naturaleza Chilena en los siglos XVII y XVIII, entenderemos la construcción de la inteligibilidad del continente americano y de sus habitantes. El libro de Carolina Valenzuela nos recuerda que las obras de Ovalle y Molina nos antecedieron al preocuparse por aspectos que aún se mantienen vivos en nuestras sociedades.